



SAN BERNARDO

Por Gustavo Canzobre

Cuando Dante necesitó un guía para transitar los últimos círculos del Paraíso, no dudó a quien convocar: a Bernardo de Claraval, el último de los Padres al decir de la tradición, o el también llamado doctor Melifluo, por la dulzura de su enseñanza.

El comienzo de uno de sus principales libros, *De Diligendo Deo* o “Tratado del Amor a Dios” explica el porqué del sobrenombre que se le ha consagrado: *“¿Quieres escuchar porqué y cómo debemos amar a Dios? Te lo diré con una sola frase: el motivo de amar a Dios es Dios mismo. ¿Cuánto? Amarle sin medida. ¿Basta con eso? Para el que es sabio sí. Pero como estoy en deuda también con los ignorantes, debo tenerle en cuenta y satisfacerles. Y en atención a esos menos dotados, me alargaré gustosamente en este tema con amplitud y profundidad.”*

Hacia la veintena de su vida Bernardo concibió el proyecto de retirarse del mundo; y en poco tiempo logró hacer participar de sus intenciones a todos sus hermanos, a algunos de sus

allegados y a un cierto número de sus amigos y aún a su padre, a su madre, y a las esposas de sus hermanos casados. En este primer apostolado, su fuerza de persuasión era tal, a pesar de su juventud, que pronto *«devino, dice su biógrafo, el terror de las madres y de las esposas; los amigos temían verle abordar a sus amigos»*.

Así pues, acompañado de una treintena de jóvenes, Bernardo, en 1112, entró en el monasterio de Cîteaux, que había escogido en razón del rigor con el que allí se observaba la regla, rigor que contrastaba con la relajación que se había introducido en todas las demás ramas de la Orden benedictina. Tres años más tarde, sus superiores no vacilaban en confiarle, a pesar de su inexperiencia y de su salud delicada y de contar con solo 25 años, la dirección de doce religiosos que iban a fundar una nueva abadía, la de Clairvaux, que debía gobernar hasta su muerte, rechazando siempre los honores y las dignidades que se le ofrecerían tan frecuentemente en el curso de su carrera. El renombre de Clairvaux no tardó en extenderse lejos, y el desarrollo que esta abadía adquirió pronto fue verdaderamente prodigioso. Cuando murió su fundador, o sea 38 años después, abrigaba, se dice, alrededor de setecientos monjes, y había dado nacimiento a más de sesenta nuevos monasterios.

En eso había más de lo que hubiera sido necesario para absorber toda la actividad de un hombre ordinario; y, sin embar-

go, muy a pesar suyo, Bernardo iba a ver pronto abrirse ante él un campo de acción muy diferente, ya que nunca temió tanto a nada como a ser obligado a salir de su claustro para mezclarse a los asuntos del mundo exterior, de los cuales había creído poder aislarse para siempre, para librarse enteramente a la ascesis y a la contemplación, sin que nada viniera a distraerle de lo que, según la palabra evangélica, era a sus ojos «la única cosa necesaria». En esto, se había equivocado enormemente; pero todas las «distracciones», en el sentido etimológico de la palabra, a las que no pudo sustraerse y de las que llegó a quejarse con alguna amargura, no le impidieron alcanzar las cimas de la vida mística. Esto es muy destacable; lo que no lo es menos, es que, a pesar de toda su humildad y de todos los esfuerzos que hizo para permanecer en la sombra, se hizo llamada a su colaboración en todos los asuntos importantes, y que, aunque no hizo nada a los ojos del mundo, todos, comprendidas las más altas dignidades civiles y eclesiásticas, se inclinaron siempre espontáneamente delante de su autoridad completamente espiritual, y no sabemos si eso es más para alabanza del santo o para alabanza de la época en la que vivió.

Así fue que sin buscarlo, y únicamente por la radiación de sus virtudes eminentes, aquel que soñaba con ser monje solitario, se convertiría en cierto modo el centro de Europa y de la Cristiandad, el árbitro incontestado de todos los conflictos

donde el interés público estaba en juego, tanto en el orden político como en el orden religioso, el juez de los maestros más reputados de la filosofía y de la teología, el restaurador de la unidad de la Iglesia, el mediador entre el Papado y el Imperio, y ver finalmente a ejércitos de varios centenares de miles de hombres levantarse a su predicación!

Y ante todo ello, el verdadero anhelo de Bernardo era volver a la paz de su monasterio, a la soledad de su celda, a la que frecuentara mucho menos de lo que deseara. Y que siempre, al decir su hermano, tenía la luz prendida, a última noche de la noche cuando el último de los monjes se retiraba a descansar, y en la madrugada, cuando el primero se levantaba.

Siempre le guiaba su ansia de justicia, y su anhelo de mantener la unidad en un mundo que comenzaba a mostrar una fragilidad que pronto quedaría partido en los nacientes partidismos y nacionalidades. Por algo la tradición ha dado en llamarlo el último de los Padres, ya que luego de él se adivierte notoriamente un cambio de época. El mundo ya no sería el mismo. Y sin embargo, los ahora cistercienses, y unos siglos más tarde, trapenses, buscarían mantener encendida la luz de la contemplación en medio de la oscuridad. Evidentemente las palabras del Evangelio: «Que sean todos uno, como mi Padre y yo somos uno», golpeaban su corazón, y las entendía como

mantener unida a esa cristiandad que pronto comenzaría a desmembrarse.

Para ello, el abad de Clairvaux, que trabajó siempre para que toda Europa fuera un Valle de la Luz (Clairvaux) no tuvo que luchar solo en el dominio político, sino también en el dominio intelectual, donde sus triunfos no fueron menos brillantes, puesto que estuvieron marcados por la condena de dos adversarios eminentes, los filósofos Abélard y Gilbert de la Porée. El primero, por su enseñanza y por sus escritos, se había granjeado la reputación de un dialéctico de los más hábiles; abusaba incluso de la dialéctica, ya que, en lugar de no ver en ella más que lo que es realmente, un simple medio para llegar al conocimiento de la verdad, la consideraba casi como un fin en sí misma, lo que resultaba naturalmente en una suerte de verbalismo. Llega incluso a sostener que los filósofos y los dialécticos gozan de una inspiración habitual que sería comparable a la inspiración sobrenatural de los profetas. Ante esto, se comprende sin esfuerzo que San Bernardo, cuando se llamó su atención sobre semejantes teorías, se haya levantado contra ellas con fuerza e incluso con un cierto arrebató, y también que haya reprochado amargamente a su autor haber enseñado que la fe no era más que una simple opinión.

Abelardo no tenía más que someterse; finalmente tuvo que refugiarse en Cluny, junto a Pierre le Venerable, que le arregló

una entrevista con el abad de Clairvaux y se avino a reconciliarlos.

San Bernardo también se destacó por haber redactado la constitución de la célebre Orden del Temple, la primera de las Órdenes místico-militares por la fecha y por la importancia, y la que había de servir de modelo a todas las demás. Es en 1128, alrededor de diez años después de su fundación, cuando esta Orden recibió su regla en el concilio de Troyes, y es Bernardo quien, en calidad de secretario del concilio, fue encargado de redactarla, o al menos de trazar sus primeros lineamientos, pues parece que no es sino un poco más tarde cuando fue llamado a completarla, y que no acabó su redacción definitiva sino en 1131 y luego pasó a comentarla.

En el curso de todos sus viajes, San Bernardo apoyó constantemente su predicación mediante numerosas curaciones milagrosas, que eran para las gentes como signos visibles de su misión; estos hechos han sido contados por testigos oculares, pero él mismo no hablaba de ello sino muy a desgano. Puede ser que esta reserva le fuera impuesta por su extrema modestia; pero, sin duda, él mismo no atribuía tampoco a estos milagros más que una importancia secundaria, considerándolos solamente como una concesión acordada por la misericordia divina a la debilidad de la fe en la mayor parte de los hombres,

conformemente a la palabra de Cristo: «*Bienaventurados los que crean sin haber visto*».

La enseñanza de Bernardo

*“La doctrina de San Bernardo es esencialmente mística; por ello, entendemos que considera sobre todo las cosas divinas bajo el aspecto del amor, que, por lo demás, sería erróneo interpretarlo aquí en un sentido simplemente afectivo como lo hacen los modernos psicólogos. Como muchos grandes místicos, fue especialmente atraído por el Cantar de los Cantares, que comentó en numerosos sermones, formando una serie que se prosiguió a través de toda su carrera; y este comentario, que permaneció siempre inacabado, describe todos los grados del amor divino, hasta la paz suprema a la que el alma llega en el éxtasis. El estado extático, tal como le comprende y como ciertamente lo sintió, es una suerte de muerte a las cosas del mundo; con las imágenes sensibles, todo sentimiento natural ha desaparecido; todo es puro y espiritual tanto en el alma misma como en su amor.”*¹

Para alcanzar este estado, es necesario que el hombre vuelva a rectificar su alma, que ha quedado “encorvada” bajo el peso de sus impurezas, y le impide recuperar la conciencia de la imagen divina dentro de si misma.

¹ “San Bernardo”, Rene Guenon, 1929. De allí provienen varias citas del presente trabajo.

El diagnóstico de Bernardo es claro: En el corazón existe una doble lepra: la voluntad propia y el propio consejo. Ambas son pésimas, y además “*son muy perniciosas porque son internas*” (Res 3,3). Y define así: “*Llamo voluntad propia a la que no es común con Dios y con los hombres, sino únicamente nuestra; cuando lo que queremos no lo hacemos por el honor de Dios ni por la utilidad de nuestros hermanos, sino para nosotros mismos, sin pretender agradar a Dios y aprovechar a los hermanos, sino satisfacer las propias pasiones del alma. Cosa diametralmente opuesta es la caridad, que es Dios*” (Res 3,3). Bernardo ve en ella la fuente de todo mal, pues es lo opuesto del amor, es lo opuesto a Dios, al volverse independiente y autónoma de él. Y como está movida por la “*cupiditas*”, el deseo desordenado, su avidez y ambición no conoce límite, de modo que “*al que se deja llevar de la voluntad propia no le basta el mundo entero*” (Ibid.). “*Lo único que Dios odia y castiga es la voluntad propia. Cese la voluntad propia y no habrá infierno para nadie* (Res 3,3).

Lo que nos salva entonces de caer en ese infierno de la voluntad propia, es la caridad. En el tratado “*Sobre el amor de Dios*” define la caridad en estos términos: “*La caridad auténtica y verdadera, la que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera, es aquella por la que amamos el bien del prójimo como el nuestro propio. Porque*

quien sólo ama lo suyo, o lo ama más que a los demás, es evidente que no ama el bien por el bien, sino por su propio provecho... En cambio, la caridad convierte las almas y las hace también libres” (AmD XII, 34).

Ese amor se desarrollará en cuatro grados, que irán marcando el ascenso del hombre, desde este estado encorvado en que estamos, hasta ese en que recuperamos la vista del cielo. Dichos grados fueron explicados por Bernardo en una de sus obras centrales, y están siempre presente en sus numerosos sermones y cartas.

Los cuatro grados del Amor segun San Bernardo

Extractos textuales de *“De Diligendo Deo: Tratado del Amor a Dios”*²

Primer grado del Amor:

El hombre se ama por sí mismo

Como la naturaleza humana es tan frágil y enfermiza, la propia necesidad le impulsa a amarse, en primer lugar a sí misma. Es el amor por el cual el hombre se ama a sí mismo antes que a ninguna otra cosa. Solamente se preocupa de sí mismo. Este amor no se intima con ningún precepto: es innato.

² *“Tratado sobre el Amor a Dios”, San Bernardo, San Pablo 1997,*

Pero este amor suele deslizarse y derramarse en exceso, y no contento con seguir el cauce materno, se desborda e inunda los campos del placer. Inmediatamente le sale al paso, como fuerte dique, aquel otro precepto: Amarás al prójimo como a ti mismo. Es muy justo que quien participa de la misma naturaleza, participe también de la gracia, sobre todo de aquella gracia que viene con la naturaleza.

La ley de la vida y de la disciplina te impone el freno de la templanza, para que no corras tras la concupiscencia, y te pierdas; no sea que sirvas con los bienes naturales al enemigo del alma, que es el placer.

Si atiendes al consejo del sabio, y te apartas de las pasiones, tu amor, entonces, será puro y bueno: lo que niegas a tus propios gustos, lo vuelcas en las necesidades de los hermanos. Y de este modo, el amor carnal se convierte en social, porque se extiende al bien común. Y es de justicia compartir los bienes de la naturaleza con el que tiene tu misma naturaleza.

Mas para que el amor al prójimo sea perfecto, es menester que nazca de Dios, y que Él sea su causa. De otra suerte, ¿cómo podrá amar limpiamente al prójimo quien no le ame en Dios? Y no podrá amarle en Dios si no ama a Dios. Conviene, pues, amar primeramente a Dios, para amar al prójimo en Él. Dios se hace amar, y hace amables todas las cosas. Porque creó la naturaleza y la conserva. La creó de tal modo, que necesita

continuamente ser atendida por su mismo Creador. Sin Él no pudo existir, ni puede subsistir. De esta manera, el hombre carnal y animal, que sólo sabía amarse a sí mismo, comienza a amar también a Dios por su propio interés: experimenta con frecuencia que en Él puede todo lo que es bueno, y sin Él no puede nada.

Segundo grado del Amor:

El hombre ama a Dios por sí mismo

El hombre ama ya a Dios, pero todavía por sí mismo, no por Dios. Es una gran prudencia comprender lo que uno puede por sí mismo, y lo que puede con la ayuda de Dios, y tratar de no ofender al que te mantiene íntegro. Mas cuando las tribulaciones son numerosas, acudimos sin cesar a Dios, y recibimos continuamente de Él la salvación. ¿Cómo no va a enternecer esa gracia salvadora al pecho y corazón más duro, y hacer que el hombre ame a Dios, no ya por sí mismo, sino también por Él?

Tercer grado del Amor:

El hombre ama a Dios por Dios mismo

La continua indigencia obliga al hombre a recurrir a Dios con súplicas incesantes. Esta costumbre crea una satisfacción. Y la satisfacción permite experimentar cuán suave es el Señor.

De este modo, la experiencia de su bondad, mucho más que el propio interés, le impulsa a amar limpiamente a Dios. Como decían los samaritanos a la mujer que les había anunciado la llegada del Señor: *“Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo”*. Digamos también nosotros: *“Ya no amamos a Dios por tus necesidades, sino porque nosotros mismos hemos probado y sabemos qué dulce es el Señor”*. Quien así se siente afectado cumple sin dificultad el precepto de amar al prójimo.

Ama a Dios de verdad y, en consecuencia, todo lo que es de Dios. Ama con pureza, y no le pesa cumplir un mandamiento puro, porque la obediencia del amor purifica su corazón. Ama justamente, y se adhiere de buen grado al mandamiento justo. Es grato este amor, pues es gratuito. Es puro, porque no se cumple sólo de palabra y de lengua, sino con las obras y de verdad. Es justo, pues da tanto como recibe. El que así ama, ama como él es amado. Así ama el que dice: Alabad al Señor porque es bueno. Quien alaba al Señor no porque sea bueno para él, sino porque es bueno, ése ama verdaderamente a Dios por Dios, y no por sí.

Cuarto grado del Amor:

El hombre se ama a sí mismo por Dios

Dichoso quien ha merecido llegar hasta el cuarto grado, en el que el hombre sólo se ama a sí mismo por Dios: Tu justicia es como los montes de Dios. Este amor es un monte elevado, un monte excelso. En verdad: Monte macizo e inagotable. ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién me diera alas como de paloma, volaría a un lugar de reposo? Tiene su tabernáculo en la paz, y su morada en Sión. ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! ¿Puede conseguir esto la carne y la sangre, el vaso de barro y la morada terrera? ¿Cuándo experimentará el alma un amor divino tan grande y embriagador que, olvidada de sí y estimándose como cacharro inútil, se lance sin reservas a Dios y, uniéndose al Señor, sea un espíritu con Él. Dichoso, repito, y santo quien ha tenido semejante experiencia en esta vida mortal. Aunque haya sido muy pocas veces, o una sola vez, y ésta de modo misterioso y tan breve como un relámpago. Perderse, en cierto modo, a sí mismo, como si ya uno no existiera, no sentirse en absoluto, aniquilarse y anonadarse, es más propio de la vida celeste que de la condición humana.

Si la Escritura dice que Dios lo hizo todo para sí mismo, llegará un momento en que la criatura esté plenamente conforme y concorde con su Hacedor. Es menester, pues, que participemos en sus mismos sentimientos. Y si Dios todo lo quiso

para él, procuremos también de nuestra parte que tanto nosotros como todo lo nuestro sea para él, es decir, para su voluntad. Que nuestro gozo no consista en haber acallado nuestra necesidad, ni en haber apagado la sed de la felicidad. Que nuestro gozo sea su misma voluntad realizada en nosotros y por nosotros. Cada día le pedimos en la oración: Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

¡Oh amor casto y santo! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh pura y limpia intención de la voluntad! Tanto más limpia y pura cuanto menos mezclada está de lo suyo propio; y tanto más suave y dulce cuanto más divino es lo que se siente. Amar así es estar ya divinizado. Como la gotita de agua caída en el vino pierde su naturaleza y toma el color y el sabor del vino; como el hierro candente y al rojo parece trocarse en fuego vivo olvidado de su propia y primera naturaleza; o como el aire, bañado en los rayos del sol, se transforma en luz, y más que iluminado parece ser él mismo luz. Así les sucede a los santos. Todos los afectos humanos se funden de modo inefable, y se confunden con la voluntad de Dios. ¿Sería Dios todo en todos si quedase todavía algo del hombre en el hombre? Permanecerá, sin duda, la sustancia; pero en otra forma, en otra gloria, en otro poder.

¿Cuándo será esto? ¿Quién lo verá? ¿Quién lo poseerá? ¿Cuándo vendré y veré el rostro de Dios? Señor, Dios mío, mi

corazón te dice: mi rostro te busca a ti. Señor, busco tu rostro. ¿Cuándo contemplaré tu santuario?

Este cuarto grado de amor no espere el alma conseguirlo, o, mejor dicho, verse agraciada con él, sino en el cuerpo espiritual e inmortal, en el cuerpo íntegro, plácido y sosegado y sumiso por entero al espíritu. Es una gracia que procede del poder divino y no del esfuerzo humano.

La pasión del enamorado

“Dirigíos hacia mí, sí, pero no lo esperéis de mí. Yo soy uno de los que esperan; mendigo como vosotros el pan para mi alma, el alimento de mi espíritu. Pobre e indigente, llamo a la puerta del que abre y nadie cierra, ante el profundísimo misterio de este diálogo. Los ojos de todos están aguardando, Señor; los niños piden pan y nadie se lo da. Lo esperan todo de tu bondad. Señor, piadoso, parte tu pan al hambriento, si te place, aunque sea con mis manos, pero con tu poder.”³

Sus manos estuvieron siempre al servicio del poder de Aquel de quien se decía su humilde sirviente. Fue ello lo que siempre colmó de fervor el alma del Enamorado de Dios. Así fue que, siendo ejemplar excelente de la nobleza de Borgoña, decidió marcharse a un pantano y unirse a los visionarios de Citeaux, dirigidos por Esteban de Harding, en lugar de ingresar

³ Prólogo al comentario del Cantar de los Cantares.

en el monacato “burocrático” y de alta alcurnia de Cluny. Como le responde a su hermana Humbelina, cuando le reclama por semejante decisión: “Déjame decirte, hermana, que Dios es la Vida y Dios es el Amor pero ¿cuántos mortales pensamos alguna vez en eso? Ah es penoso. Algunos hay que ni comprenden ni buscan a Dios, y éstos, digo, son muertos. Otros le comprenden, pero no Le buscan: esos son impíos: otros Le buscan, pero no le entienden, esos son tontos. Pero hay algunos que Le buscan y comprenden: iesen son los santos! ¡Y yo seré uno de ellos! . . . sí, me dirás que soy un apasionado. Es cierto, Hume-
lina. La pasión es un agente transformador: puede hacer de un hombre una bestia o un ángel. Y mi pasión es mi fuerza y mi flaqueza ” 4

Ya lo había predicho aquel ermitaño que interpretó el extraño sueño que su madre tuviera antes de que él naciera, en que soñó que llevaba en las entrañas un perrito blanco que siempre ladraba.

“Uno se hace santo descendiendo y no yendo hacia arriba”
Por ello daría a los templaros la sentencia del salmo como norma de su conducta: “*Non nobis, Domini, non nobis. Sed*

4 Las citas que siguen pertenece a la maravillosa novela “*La Familia que alcanzó a Cristo*” del Monje cisterciense M. Raymond, que relata la vida de Bernardo y todos sus hermanos, y como gestaron en sus vidas la familia trapense.

*Nomini tuo da Gloriam: Nada para nosotros, Señor, nada para nosotros. Todo para la gloria de Tu Nombre*⁵

Y ante quienes le reclamaban porque renunciaba a su título de Caballero, nada más alejado de su decisión, les decía. “ Voy en busca de Dios, a hacerme caballero del único Rey que puede apreciar la lealtad y recompensar la fidelidad.”

Los biógrafos de la época así lo describen, ya a sus 25 años: “pelo castaño claro cutis transparente, ojos grandes, y luminosos, aunque demacrados. Parecían dos lagos, dos hondos lagos, llenos de dulce y cálida simpatía. Mejillas hundidas y pómulos salientes: la línea de sus labios era aún más delgada, recta, firme y aún dura al paso que su mentón. Era una cara de un severo ascetismo y el rostro de un guerrero después de una larga campaña. No podría ya seguramente llamárselo hermoso, aunque sí bello.”

“El secreto de la santidad es el amor y por ello quiero convertirme en un amaorado de Dios”.

*Por el Prof. Gustavo Canzobre
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

5 Salmo 113 B.